

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA METRO-GOLDWYN



Entre
Bastidores

por
Norma
Shearer

50 Cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA METRO-GOLDWYN

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis-BARCELONA-Teléf. 4423 A.

ENTRE BASTIDORES

Sentimental producción, interpretada
por la bella artista

NORMA SHEARER

secundada por

OSCAR SHAW

or

PRODUCCIÓN

METRO-GOLDWYN-MAYER

EXCLUSIVA DE

Metro-Goldwyn Corporation

Mallorca, 220 - BARCELONA

Prohibida la reproducción
Revisado
por la censura gubernativa.

Imprenta J. HORTA, Cortes, 719 - Barcelona

ENTRE BASTIDORES

Argumento de la película

Esta es una de las historias del teatro de variedades, de sus artistas y de sus vidas íntimas, una de estas historias que un poeta cantara:

*¡Bravo! la gente exclama entusiasmada
y el pobre histrión, el alma desgarrada
baila... o canta... o ríe con alborozo;
mas caído el telón, su carcajada
se trueca en un desgarrador sollozo.*

*
**

Era una mañana de primavera en la estación de Pensylvania, de Nueva York. Los viajeros que habían llegado en los grandes convoyes ferroviarios, invadían los andenes y se aprestaban a poner pie en la gran ciudad.

Recién llegada del pueblo, fresquita como una rosa, Dolores Ruiz acababa de salir de la Escuela de Comercio, con no pocas ilusiones acerca del porvenir. Y llegaba aquella sonriente mañana a la inmensa capital donde pensaba hallar trabajo para satisfacer sus ansias de ilusión y juventud.

Pensaba emplearse en una casa de comercio, aplicar a la vida práctica los estudios teóricos aprendidos en las aulas mercantiles.

Lo primero que hizo fué buscar alojamiento en la gran ciudad. Encontró una pobre habitación en una casucha casi arruinada, cuatro paredes dismanteladas y blancas con una cama cubierta por desgarradas mantas.

—Cuesta cinco dólares a la semana — le dijo la patrona, tan fea y vieja como la habitación.

—Los pagaré — respondió la humilde joven.

—¡Han de ser por anticipado!

La muchacha sonrió; por suerte iba provista de algún dinero. Ella era huérfana y había heredado de sus padres unos cuantos dólares, así es que entregó la cantidad pedida a la patrona.

—¡Entendidos! — dijo ésta—. Y si por casualidad se le ocurre a usted tomar un baño, aquí lo tiene...

Y le señaló una puerta.

—Bien, muchas gracias.

Y después de descansar breves momentos, Dolores se sumergió en el agua, sintiendo las delicias del contacto frío sobre la piel.

Luego, limpia y blanca, con esa sensación de voluptuoso bienestar que produce el baño, se arrebujo en mullido albornoz y comenzó a leer el periódico buscando afanosamente la sección de anuncios.

Saltó a sus ojos este anuncio:

Taqui-mecanógrafa, buena presencia. Oficina de David Samuels. 415 Edificio Pittman.

Vistióse rápidamente con un traje de elegante sencillez que realizaba su encantadora figura y sus perfectas facciones, y se encaminó hacia la calle, llevando en el alma la sagrada enseñanza de la ilusión.

La casa hacia la cual se dirigía nuestra provincianita era la de David Samuels, un importante agente teatral.

Naturalmente, Samuels, por su oficio, tenía que tratar con las mujeres más o menos hermosas que pisan los tablados de los "cabarets" y teatros, y siempre lograba alguna fácil conquista.

David Samuels, el agente, era un caballero de me gustan todas, pero las rubias me gustan más...

Aquella mañana, después de saludar a una artista de dorado cabello, penetró en su despacho, con ánimo de estudiar los últimos contratos a formalizar.

Juanito Vega, cantante y bailarín, simpático muchacho que tenía siempre una sonrisa estereotipada en los labios, llegó al despacho del agente.

David le tendió la mano cordialmente, pues era Juanito un excelente artista que daba a ganar mucho dinero a las empresas.

—Escuche, querido — le dijo el agente —, le tengo una magnífica pareja para su número. Vea usted su retrato.

Y le mostró la fotografía de una hermosa rubia en la que estaba escrita de puño y letra de la bailarina esta dedicatoria:

Tuya hasta la muerte, Samuels.

Dora Mason

Juanito se echó a reir y dijo:

—¿Dora Mason? ¡Pero si es una muchacha sin seso!

—¡Pero, Juanito! ¿Una bailarina con seso? Sería pedirle peras al olmo.

Y mientras ellos conversaban, había llegado al antedespacho, la encantadora Dolores Ruiz.

—Quiero hablar con el señor Samuels — dijo, mostrando a una mecanógrafa el anuncio.

—Es inútil, el empleo está dado — respondió la empleada.

—¡Dios mío! Yo que me figuré llegar a tiempo — respondió Dolores, con melancolía.

En aquel instante salía del despacho del agente, Juanito Vega, quien contempló gratamente sorprendido a la muchacha.

Le pareció una criatura encantadora, saboreó en un instante sus gracias delicadas, su aristocrático perfil, el pliegue rojo de su boca de flor, la mirada pura de sus ojos incomparables. ¡Deliciosa mujer, ungida con todos los atributos de la belleza!

Ella le miró también, iniciando una sonrisa breve.

—Viene usted para trabajo, ¿no? — preguntó Juanito, creyendo que ella pretendía un contrato de bailarina.

—Sí, señor — respondió la joven, aludiendo al empleo de taquígrafa.

—Pues yo la recomiendo. Una mujer bonita como usted, merece ser atendida. Entre conmigo...

Entraron en el despacho del agente y Juanito dijo a Samuels:

—Necesita usted una muchacha, ¿verdad?

—¿Yo? ¡No! — respondió Samuels.

—Pues yo sí — dijo Juanito, tranquilamente—. Usted tiene práctica, ¿verdad? — agregó, dirigiéndose a la muchacha.

—Yo soy bastante ligera, ¿sabe usted?... y hay que ver mi soltura, oyendo el teclado...

Dolores seguía creyendo que la iban a emplear como taquimecanógrafa.

—Bueno — dijo Juanito—. ¿Y baila usted bien?

Sorprendida, respondió la joven:

—¿Que si bailo? Gané el concurso de charleston en mi pueblo...

Y llevada de repentina alegría, inició unos pasos de la dislocada danza.

Juanito se acercó a Samuels y le dijo en voz baja:

—Me quedaré con ella. ¡Será mi pareja... una pareja ideal!

El agente arrugó el entrecejo y protestó:

—Yo de usted en vez de ésta, tomaría la rubia.

—¡Yo sé lo que me digo! Usted no sabe

distinguir de colores todavía porque le falta la experiencia.

Luego volvió a acercarse a Dolores, y Juanito le dijo:

—¿Y cuánto tiempo hace que trabaja usted en el teatro?

—¡Qué pregunta! — dijo Dolores, preguntándose qué relación existiría entre la taquigrafía y la escena—. ¡No se preocupe por eso! Y he de decirle que me encanta su oficina — agregó, viendo la cordial acogida de Juanito.

Entró en el despacho, Dora Mason, la que debía ser compañera de Juanito Vega.

Juanito y Dolores hablaban en voz baja en un ángulo del gabinete, y Dora contempló con ojos agresivos a aquella intrusa desconocida.

—¿A qué ha venido ese tipejo? — preguntó a Samuels.

—Creo que es una prima de él, o cuñada, o su tía — dijo el empresario, riendo—. ¿Quién diablos va a saberlo?

Dora la envolvió en una mirada de hondo desprecio, y respondió:

—Tiene cara de prima...

Luego, adelantándose hacia el grupo que formaban ella y Juanito, separó a Dolores del bailarín y dijo a éste:

—Juanito, Samuels dice que tú y yo tra-

bajaremos juntos esta temporada. ¿Cuándo empezamos a ensayar?

Y contempló con mirada desafiadora y altiva a Dolores, que no comprendía de qué se trataba.

Juanito, sonriente, respondió:

—No puedo complacerte, Dora, pues ya tengo elegida mi pareja.

—¿Y quién es ella, si puede saberse? — preguntó con ironía.

—Ahí la tienes, es Lolita Ruiz, mi nueva pareja de baile...

Una sonrisa de ira crispó los labios de Dora. ¿De modo que ella era derrotada por una criatura insignificante como aquella desconocida?

—Pues que sea por muchos años — respondió.

Y alejóse para ir a reunirse con Samuels. Este intentó consolarla, diciéndole:

—No se preocupe, criatura. Yo haré que le firmen contrato en alguna otra parte.

Entretanto, enormemente sorprendida por las palabras que había oído de boca de Vega, Dolores pedía una explicación...

—Según eso — dijo —, ¿quiere usted decir que trabajaré en el teatro?

—Naturalmente — dijo Juanito—. Me parece que tiene usted condiciones para ello. El lunes comenzaremos a ensayar...

Dolores meditó unos momentos, pensó que por todas partes se va a Roma, y que, para triunfar y ganar dinero, era tal vez preferible trabajar en el teatro que ser explotada en



—No se preocupe, criatura. Yo haré que le firmen contrato en alguna otra parte.

cualquier casa comercial, con un sueldo limitado y un trabajo monótono.

Ella era lo suficientemente bonita para triunfar, y, además, no creía que le faltase gracia para lograrlo.

Había salido de su tierra con poco dinero,

pero con gran ambición. De modo que se resignó maravillosamente a la proposición de Juanito y para nada aludió a su primer intento de empleo administrativo.

Pensó en las glorias teatrales y sintió ya la emoción indescriptible de los aplausos.

Dora se había marchado, con la promesa de otro contrato ventajoso.

Samuels pareció resistirse a admitir como compañera de Juanito a la desconocida, pero como el bailarín hiciera de ello cuestión de gabinete, vióse obligado a ceder.

Y contenta, ufana por aquel triunfo obtenido, Dolores se despidió de su compañero de baile y del agente hasta el próximo lunes.

No le asustaba tampoco bailar; en su pueblo ganaba en todos los concursos. Bien es verdad que en su pueblo no podían bailar peor.

En el antedespacho, dijo a la mecanógrafa que antes le había querido negar la entrada:

—Cuando mi contrato esté listo, mándemelo a casa.

Y le dió una tarjeta con sus señas.

La empleada le miró con asombro.

—Yo creí que usted aspiraba a una plaza de taquígrafa — dijo.

—¿Taquígrafa? — contestó ella, riendo con desdén—. Quiá, soy toda una *actriz*.

Y se alejó canturreando una canción, y

ya en la calle respiró ardientemente el aire enrarecido de la ciudad.

Había conquistado el porvenir en un momento, así lo creía ella. Si le hubieran dicho qué título le era más adecuado en aquel instante, hubiese contestado: "La reina de Nueva York".

*
**

Llegó el lunes y Dolores se dirigió al Bryant Hall, un salón para ensayos de obras teatrales.

El salón estaba lleno, artistas de ambos sexos se preparaban para ensayar sus números nocturnos.

Juanito esperaba ya impaciente a su compañera.

—Ahora nos toca a nosotros — dijo—. Veamos qué tal se baila ese charleston. Fíjese usted primero en los movimientos que yo hago...

Juanito comenzó a bailar, con una agilidad, con una ligereza de verdadero profesional.

—Ahora lo haremos los dos — agregó el bailarín.

Sonó el piano. La música comenzó airosa y movediza y los cuerpos de los dos bailarines comenzaron a agitarse. Pero, ¡oh, Dios! ¡Qué desbarajuste!

Juanito seguía el compás, con la perfección del hombre acostumbrado a la danza, más Dolores se perdía, equivocaba los pasos, daba vueltas inverosímiles.

El muchacho estaba desesperado mientras sus compañeros se reían con la risa sin piedad con que los profesionales acogen a los que comienzan.

—Bueno — dijo, riendo, y aparte Juanito a los demás artistas—, he tenido parejas malas, pero como ésta...

Ya se arrepentía de haberla contratado. ¡Cuánta razón es que uno no puede fiarse de las apariencias! ¡Una mujer muy bonita, muy airosa, pero en cuanto a la danza, una nulidad!

Dolores ponía toda su buena voluntad en quedar bien, y en una de las vueltas dió un fenomenal pisotón a Juanito que vió centuplicado el número de estrellas ante sus ojos. ¡Diablo! ¡Cómo pesaba!

La provinciana, aturdida, balbució una excusa, mientras contemplaba con cierta mirada de desafío a las demás mujeres.

—No se preocupe por el pisotón — dijo,

riendo Juanito—. Otro día continuaremos el ensayo. Tal vez tengamos mayor suerte.



Dolores se perdía, equivocaba los pasos...

Y apartándose de ella, dijo al agente Samuels y a otros amigos:

—Si llego a saber los puntos que calza, no la contrato. ¡Hubiera valido más cualquier otra!

Ella oyó esas frases imprudentes y, furiosa, los ojos llameantes de indignación, dijo altivamente:

—Pero, ¿qué se ha creído usted? ¿Por qué se ha reído? ¡Si soy yo la que no quiere continuar! ¡Ojalá encuentre una buena pareja digna de usted!

Estaba rabiosa, púsose, en un ademán dramático, el sombrero y subió la escalera, pisando enérgicamente los peldaños, moviendo el cuerpo con el furor de la indignación.

—¡Quédense ustedes con sus éxitos! — gritó—. ¡Yo no los necesito!

Alzaba los brazos en arco y su cabeza giraba con una exaltación vibrante.

Juanito la contempló con asombro, y una sonrisa triunfal apareció en sus labios.

—¡Magnífico! — le dijo, yendo a ella—. Haga otra vez los mismos movimientos. Se lo ruego... Ya veo el éxito asegurado.

Dolores, sorprendida, bajó de nuevo la escalera y repitió los gestos de desdén y de orgullo con que antes había expresado su ira. ¡Sus labios apuntaban una pregunta: ¿Por qué quería aquello el bailarín?

Juanito lanzó un grito de entusiasmo y dijo:

—Tengo una idea. ¡Sí, magnífica! Podemos combinar un número estupendo... yo bailo y usted representa la figura de gran dama.

A ver, ensayemos de nuevo y perdóne usted cuanto anteriormente le dije.

Y Dolores, ya calmada, paseó ante todos los demás artistas y lo hizo majestuosamente, con el orgullo ofendido por haber sido objeto de burlas en la primera exhibición.

—Ya está arreglado el número — dijo Juanito, riendo—. Usted pasará por la escena, mientras yo bailo. ¡Encantado!

Ella se conformó, llena de orgullo, creyendo que por sus propios méritos se elevaba a la categoría de gran actriz y sonrió a su compañero, perdonándole el arrebató anterior.

En días sucesivos prosiguió el ensayo, y la muchacha parecía hacer a la perfección su papel de gran señora. Y el bailarín se sentía ligado por su compañera, no únicamente por los lazos débiles del arte, sino también por un sentimiento de inquietud amorosa que le hacía ver siempre, en su imaginación, la linda figura de su amiguita...

¡Cómo deseaba triunfar ella, con qué alegría esperaba que los aplausos se dirigirían a su actuación!

En su fuero interno, Juanito no se hacía muchas ilusiones. Comprendía que Dolores carecía de verdaderos méritos artísticos, pero ¡ay! su figura... Esta era soberana, divina y arrebataría con su simple presencia los aplausos de los sencillos espectadores.

Llegó finalmente el día del debut de la pareja Vega-Ruiz, en un teatrillo de Broocklyn.

Juanito y Dolores llegaron juntos. En uno de los pasillos del teatro encontraron a un matrimonio a quien el bailarín saludó atentamente.

—Dolores — dijo —, le presento a Velber y Weston, número extraordinario de arrojadores de puñales.

La muchacha, con aquella su sonrisa adorable, tendió la mano a sus nuevos amigos, mientras Juanito seguía preguntando:

—Y ¿qué tal la niña? ¿La tienen ustedes aún fuera?

—Sí — dijo la esposa—. Pero vamos a tenerla con nosotros durante la semana de Nochebuena. Por cierto que nos han enviado su retrato. ¿Quiere usted verlo?

—Con mucho gusto...

La mujer y Juanito desaparecieron hacia uno de los camarines. El marido prosiguió hablando con Dolores que se interesaba, con natural curiosidad, de las cosas del teatro.

El bailarín vió el retrato de la pequeña, una niña delicada, hija de aquellos tiradores de puñales, una muchachita de dos años que habían tenido que dejar en el campo para curar de una anemia pertinaz.

—¡Oh, cómo ha engordado! — dijo—. Y

está preciosa... Tengo muchos deseos de verla.

Después, Juanito se encerró en su cama-



—Dolores, le presento a Velber y Weston, número extraordinario de arrojadores de puñales.

rín y la mujer volvió al lado de su esposo.

Weston era horriblemente celosa, así es que al ver a Velber conversando con Dolores, sintió la punzada vibrante y fiera de la exaltación.

—¿Quiere usted dejar en paz a mi marido? — rugió—. ¡Vaya con la niña!

Y cogió por el brazo a su esposo, un hombre que a pesar de su aspecto fiero, hacía tiempo había dejado que su bravía mujer se pusiera los pantalones, conservando él únicamente los suyos por decencia.

Dolores volvió a su cuarto. Se acercaba el momento del debut. Desconocedora del arte del maquillaje, comenzó a embadurnarse el rostro hasta parecer una paleta de pintor. Todos los colores y todos los tonos estaban tratados en su piel.

Su boca reventaba de bermellón, sus ojos eran negros por brochazos de pintura. Estaba convertida en un adefesio.

Juanito entró en el camarín y al verla se echó a reír.

—¡Vaya! Ya ha querido usted pasarse de maestra, ¿eh? Yo la arreglaré...

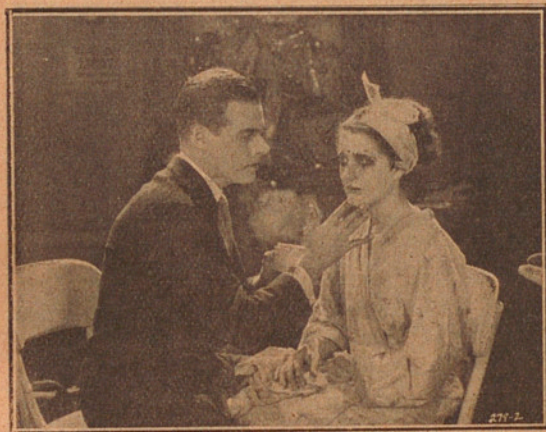
Dolores se miró también y viéndose en el espejo, convertida en un payaso, empezó a llorar.

—Vamos, no llore usted, por Dios; si todo fuera tan fácil de arreglar como esto... Déme una toalla, verá qué pronto queda usted una preciosidad.

Y Juanito, cuidadosamente, y con un temblor y turbación que denotaba su oculto sentimiento amoroso, comenzó a limpiar aquella

cabeza pintada, hasta dejar únicamente el carmín necesario en los labios y el lápiz bien dibujado que agrandaba y rasgaba los ojos.

—¡Ajajá, perfectamente! Y ahora — dijo,



—Vamos... no llore usted... por Dios...

desenvolviendo un paquete—, aquí le traigo un *sandwich* y alguna otra cosilla más...

Tomaron aquellos fiambres y luego Juanito se despidió para arreglarse él a su vez. No podía tardar ya mucho el comienzo de su número.

—Por si me necesita, mi cuarto es el número nueve — le dijo.

En la platea la animación era creciente. Había dado ya principio la función.

Dolores no sentía ninguna impaciencia, al contrario, mujer optimista, orgullosa, convencida de sus propios merecimientos, estaba segura de triunfar. Y, alegremente, comenzó, mientras acababa de arreglarse, a silbar una canción de moda.

Los artistas son supersticiosos y capaces de morirse del susto si alguien silba, o rompe un espejo, o derrama aceite. ¡Inmensas desgracias!

Así es que apenas oyeron aquel sonido, corrieron todos al corredor a preguntarse quién era el ave de mal agüero.

—¿Quién diablos está silbando?

Apareció también Juanito. Comprendiendo que el rumor surgía del cuarto de Dolores, llamó a ver lo que ocurría.

Ella salió, silbando aún, inconscientemente.

—No silbe aquí — le dijo el bailarín—. ¡Es de muy mal agüero silbar en los camarines!

Y después de hacerla dar unas cuantas vueltas para ahuyentar el maleficio, si lo había, la obligó a encerrarse en su cuarto.

Los otros artistas quedaron comentando la caprichosa ocurrencia de la compañera novel.

Weston, la esposa del tirador de puñales,

que sentía celos contra Dolores, dijo, dirigiéndose a su marido en ademán recriminatorio:

—¡Después de este maldito silbo, vas a arrojar los cuchillos sobre mí!



—¿Quién diablos está silbando?

—Tengo el puso muy seguro, mujer — respondió él, defendiéndose.

Seguía el desarrollo del programa. Le tocó el turno a los tiradores de puñales. sin que, por fortuna, se cumplieran los vaticinios de la mujer. El marido tiró alrededor de la figura

de Weston una serie de afilados cuchillos que fueron a clavarse en la plancha contra la que ella se apoyaba.

Luego siguió en número, la pareja Vega-Ruiz... En el público hubo un movimiento de sensación.

Se hallaba entre los espectadores un tal Valerio Kin, actor de variedades... en descanso forzoso.

—Veremos qué tal es la nueva pareja de Juanito — comentó Kin, con un amigo que le acompañaba.

Se levantó el telón y apareció Juanito en escena. Iba de etiqueta y comenzó a bailar un entretenido charleston que hizo las delicias de los espectadores.

Después apareció Dolores, tranquila y segura de sí misma, con el dominio del que muchas veces ha pisado ya las tablas. ¡Y era la primera vez!

Fué recibida con aplausos a los que ella correspondió con aquella sonrisa que era su mayor mérito.

Iba vestida con elegante traje de *soirée*, de seda negra, y comenzó a pasear por la escena con una majestad realmente deliciosa.

Su único trabajo consistió en pasear por la escena, en andar lentamente, como si se encontrara en los salones de un aristocrático palacio.

Su trabajo era fácil, nada de canto ni siquiera de baile.

Lo que interesaba era su presencia, mientras el otro tenía a su cargo lo más variado y difícil del programa.

Terminado el número, corrieron hacia los camarines para cambiarse de trajes.

Durante el breve intermedio, los comentarios fueron variados respecto a la nueva compañera de Juanito.

—Simpática chica, ¿eh, querido? — dijo el compañero de Valerio.

—Ya lo creo... Precisamente una pareja como ella es la que yo necesito.

Se reanudó la función. Ahora el escenario representaba una estepa siberiana, un inmenso páramo blanco y nevado...

Salió Juanito con traje de piel, y ella también con un abrigo blanco que la daba aspecto de habitante polar.

Ella comenzó a pasear y en aquella atmósfera blanca y sin sol, la sonrisa de la dulce Dolores era la única y dorada luz del escenario. Y mientras ella paseaba su figura arrogante y elástica de mujer, Juanito bailaba una danza llena de ensueño y melancolía, baile triste que parecía hablar de las evocaciones del destierro en la inmensa y blanca llanura asiática, cárcel de nieve que ha visto el martirio de varias generaciones de rusos.

Cuando terminó la actuación, buena la de él, nula por entero, a no ser por su figura, la de ella, resonaron abundantes aplausos.

Los hombres, seducidos por el arrebató momentáneo de la belleza, aplaudían con entusiasmo a Dolores que recibía aquellas muestras de júbilo con un orgullo de artista consagrada.

Se consideraba una inmensa actriz, de indiscutible mérito.

Entre bastidores, Juanito la felicitó entusiasmado:

—¡Estuvo usted admirable, Dolores, admirable! Su presentación basta para el triunfo de los dos.

—Todo se lo debo a usted, a ti, Juanito — dijo ella, con repentina emoción.

Y como estaban solos en aquel instante, se estrecharon y abrazaron casi inconscientemente y ella se acercó más a su compañero y en sus labios puso la ofrenda de un beso que podía ser de agradecimiento o de amor.

Y él creyóse el hombre más feliz de la tierra.

Luego Juanito se encerró en su cuarto para mudarse de ropa.

Valerio Kin, entusiasmado por la presentación de Dolores, se dirigió al escenario y felicitó a David Samuels por la adquisición de la nueva artista.

—Sí, amigo — le dijo el agente—; ella no hace absolutamente nada de trabajo, pero se hace la mar de interesante, ¿no?



Se consideraba una inmensa actriz, de indiscutible mérito.

—Ya lo creo. ¿Quiere usted presentármela?

—Con mucho gusto. Venga usted.

Llegaron al camarín de ella. Samuels pre-

sentó a Kin haciendo elogios de este artista.

Llegó también Juanito, quien miró con cierta inquietud a Valerio Kin que hablaba en voz baja con la nueva triunfadora.

Luego, el agente habló:

—Vega-Ruiz, quedan ustedes contratados en firme. Lo de hoy ha sido una prueba, pero visto ese éxito, les contrato de manera definitiva...

—¡Qué alegría! ¡Este es el éxito en que yo nunca pude soñar! — repuso Dolores.

—Pues hay que celebrarlo — dijo Valerio Kin, que parecía haberse familiarizado repentinamente con la muchacha—. Les invito a todos ustedes a comer conmigo...

Juanito se opuso. El hubiera deseado pasar la velada en la solitaria compañía de aquella bella muchacha que le había brindado sus labios, no sabía si por agradecimiento o porque le quería.

Pero como ella insistiese y hasta hiciese un ligero mohín de enfado, el muchacho tuvo que ceder.

Y aquella noche se dirigieron todos a un restorán de gran lujo donde Valerio Kin bailó varias veces con Dolores Ruiz, mientras Juanito, silencioso y melancólico, experimentaba las torturas de los celos.

*
**

Dolores creía que iba a conquistar el mundo, tal era su éxito momentáneo.

Había simpatizado mucho con Valerio Kin, hombre ambicioso que se dirigía a Dolores sin sentimentalismo de ningún género, pintándole únicamente el panorama ilusionante de la ambición.

Y al escucharle hablar, al compararlo con Juanito, tan humilde, a pesar de todo, la ambiciosa muchacha notaba inmensa diferencia.

Unos días después, Juanito y el agente David Samuels contemplaban el retrato de Dolores puesto en la portada de una revista de variedades, retrato cuyos derechos de publicación Juanito había pagado de su propio bolsillo. ¡Lo había hecho alegremente, con tal de halagar a su compañera!

Después hojearon otros periódicos y, en uno de ellos, encontraron la siguiente crítica:

Juanito y su nueva pareja, Dolores Ruiz, debutaron con éxito extraordinario. El es un artista que por sí solo llama la atención.

Ella es muy linda, pero no estaría de más que su actuación en el número fuera más importante.

Aquella encubierta censura puso de mal-humor a Juanito. ¿Qué iba a decir Dolores cuando leyese aquéllo? ¡Qué necias eran ciertas críticas!

Pero Samuels que, pasado el arrebato del primer momento había comprendido la realidad, se apresuró a decir:

—Pues este es un crítico que sabe lo que dice...

—No, señor; está equivocado. No hay derecho a tratar de tan desconsiderado modo a una estrella — protestó el bailarín.

Samuels se echó a reír.

—Por Dios, no digamos cosas que no son. Usted es quien realiza toda la labor del número, ella es únicamente un agradable complemento. ¿Cómo va a ser Dolores una estrella? Cantar, no sabe, y bailar, menos.

La indignación se reflejó en los ojos de Juanito.

—Dolores es muy lista — protestó—, tanto, que ella es el alma del número...

—Admito que tiene un cuerpo y una cara que son, vamos, el non plus ultra; pero, en cuanto al arte, hagamos punto y a otra cosa.



...debutaron con éxito extraordinario.

—Me extraña que hable usted así, con tal desconsideración...

—Nada de esto, digo la verdad. Dolores es realmente interesante, pero nada sublime. Usted no lo cree así y lo que le pasa es que usted está enamorado de ella.

—¡Oh, no puedo escuchar más estas cosas!

Y se levantó para encerrarse en su camerín y esperar a Dolores, que aquel día se retrasaba demasiado.

Dolores se había apeado de un automóvil ante la puerta del teatro y se despedía de Vario Kin.

Este hombre iba seduciendo rápidamente el alma ingenua de la provinciana. Nada de amores con ella, sino relámpagos de dinero y de gloria. Y la decía, insinuante:

—¿Por qué no se viene usted a trabajar conmigo? ¡Usted y yo podemos figurar a la cabeza de cualquier programa! ¿Por qué no hace pareja conmigo?

Ella, entristecida, respondió:

—No puedo dejar a Juanito. El pobre, sin mí se moriría de hambre...

Pensaba, en su corazón orgulloso, que ella era el todo, el alma del programa, que el éxito se debía exclusivamente a sus méritos, y que el bailarín era cosa accesorio.

Con un orgullo pueril y caprichoso, se consideraba la mejor artista de la tierra y sentía por Juanito, no amor, sino cierto sentimiento de protección.

—No sea tonta — le dijo él —, piense en su propia carrera. Al lado de Juanito no pasará usted de ser una artista vulgar, alejada

siempre del radio de las verdaderas triunfadoras. El es un hombre mediocre — siguió diciendo —, en cambio, conmigo, su éxito brillaría con mayor luz.

—No sé, no sé... — respondió turbada, la muchacha—. Dudo que pueda realizar lo que usted dice...

Y se despidió de él, después de darle a besar la mano y envolverle en una mirada en que parecía haber la promesa de ceder a la ambición.

Ella entró en su camarín. Había leído el suelto que publicaba "Las Variedades" y que Juanito había hecho publicar expreso.

Y aquellas palabras encomiásticas, hinchaban todavía más su vanidad.

Juanito entró en su habitación.

—¿Cómo ha pasado la noche, mi gran actriz? — dijo.

—Soñando con nuevos éxitos — respondió ella—. ¡Oh! ¿Leíste "Las Variedades"?

—Sí, las leí.

—Qué bien escriben algunos hombres, ¿eh?

—Ya lo creo...

Juanito la miraba con timidez no atreviéndose a declararle de nuevo el inmenso amor que sentía por ella.

Dolores comenzó a peinarse con el cabello mojado y hacia atrás, dejando visibles las orejas como un muchacho.

Juanito la dijo, contemplándola con cierta melancolía:

—¿Por qué te peinas así?

Ella se echó a reír.

—Porque me gusta.

—Pues no, Dolores — dijo él—, ese no es el tipo. Tú tienes que aparecer en escena como una dama aristocrática, con cabello graciosamente ondulado, no al estilo charleston.

—Pero al señor Kin le gusta así — respondió la muchacha, altivamente.

El nombre de Kin despertó los celos del bailarín.

—Quizás sea este el tipo que él necesita, pero como tú eres mi compañera de baile y como yo te quiero — agregó—, no permito que te peines a su gusto. Sé muy bien lo que te conviene.

La orgullosa joven respondió:

—Oh, tú sabes mucho. Y si sabes tanto de todo, ¿por qué no haces que nos paguen mejor sueldo?

En aquel instante comenzaba a sentir por su compañero un invencible hastío... ¡Le aburría! Se daba cuenta de que no le amaba, aquel beso que le diera una vez era de gratitud, no de cariño.

Cierto que tampoco ella quería a Valerio Kin, pero éste, hombre más ambicioso, le brindaba el porvenir de una esplendorosa gloria.

“¡Bah! Y al fin y al cabo — se dijo en su necio orgullo—, yo soy realmente la que triunfa en la escena y sin mí, Juanito se moriría de hambre.”

Pero su compañero la dijo, enfurecido:

—Tú no puedes peinarte así para mi número.

—¿Tú número? — respondió ella, con sarcasmo.

—Sí.

—Pero si solamente de mí hablan los periódicos... En todo Broadway no se habla más que de mi éxito...

El la contempló tristemente, con ánimos de mostrarle la crítica severa y audaz que uno de los diarios hacía de su obra. Pero se contuvo, temeroso de herir demasiado el corazón de aquella gran vanidosa.

—No te hanches tanto, Dolores — le dijo—. Te falta mucho para ser una estrella. ¡Péinate como debes! ¡Has de dejarte aconsejar por mí!

—Ya estoy harta — respondió—. Tú lo que tienes es celos de mí. Voy a irme donde me aprecien mejor. ¿Qué te has creído?

—No seas tonta, tú no puedes hacer nada sin mí — respondió el muchacho severamente, convencido ahora de que Dolores tenía en su alma un orgullo infernal que era preciso dominar.

—¿Que no puedo? Para probar lo contrario, desde ahora no trabajo más contigo.

Y cogiendo un retrato que había sobre el tocador y en que aparecía la fotografía de ellos dos juntos, la rasgó en dos pedazos.

—Me voy con Valerio Kin y seré una estrella, mientras que tú sigues trabajando en teatrillos de mala muerte.

Y señaló la puerta a Juanito que se levantó, casi con lágrimas en los ojos, viendo tan maltrados su agradecimiento y su amor.

—Dolores, no te pongas así ¿porqué me dices todo esto? Piensa que si has debutado en el teatro, que si te hacen caso, es por mí.

—¡No te creo! ¡Vete!

—Es que no me amas... ¿Tan ingrata eres?

—¡Vete, te digo! ¡No mereces nada de mí! ¡Me has insultado!

—Sí, me voy, pero te arrepentirás algún día de tu locura... Estás soñando, mujer. Vas demasiado aprisa, Dolores, vas ciega por los caminos y te hundirás sin remedio. Ojalá me equivoque...

Y rota el alma, abandonó la estancia, sintiendo que por dentro lágrimas de fuego iban resbalando por su corazón.

Ella, orgullosa, se mantuvo de pie, sin sentir por el hombre que se marchaba, una sombra de agradecimiento.

Ante Dolores, aparecía la imagen de Va-

lerio Kin, brindándole la nueva existencia de la gloria.

*
**

Aquella misma tarde, Valerio y Dolores ensayaban su número combinado en el mismo salón para ensayos teatrales que pocos días antes había presenciado el de la muchacha con Juanito.

Kin estaba contento con aquella adquisición. Bailaron; ella rematadamente mal, como siempre, pero Kin, ilusionado, creyó que bastaba la belleza de ella para suplir la falta de arte...

—¿Le gusta su papel? — dijo Kin.

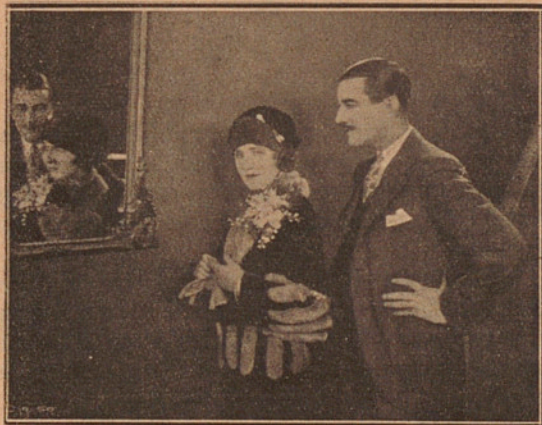
—Sí, mucho. Y creo que con usted voy a llegar...

Y, atrevido, comenzó a acariciarle el brazo...

¡Ah, diablo, hasta en aquel instante no había reparado en lo bonita que era aquella mujer! ¿Por qué no podía ser algo más que una simple compañera de arte? ¡Tan joven, tan hermosa, tan fascinadora, podía alegrar

también con el tributo de su amor, su soledad de artista!

—Es usted encantadora—le murmuró Kin, mientras pretendía seguir su exploración por el brazo.



—¿Le gusta su papel?

—Alto ahí, joven Romeo —, dijo ella, rechazándole—, está usted pretendiendo trepar al balcón, y... se va a caer.

—Bueno, bueno, perdone; seamos buenos amigos...

No volvió a insistir más sobre ello.

Continuó el ensayo en el propio teatro.

La primera representación debía tener lugar en un teatro de las afueras de Nueva York.

David Samuels, aun con disgusto, había accedido a contratar a Kin con la muchacha... No estaba muy convencido del éxito de aquella unión artística, pero tanto insistió Kin, que firmó un contrato por unos días.

Algunos días después, Juanito Vega, en cuya alma el dolor no había cesado de llorar, leía el relato en los periódicos de la actuación de su amiga:

La atracción Kin-Ruiz.

Valerio Kin trabaja ahora con Dolores Ruiz, como pareja. Esta unión no resulta, porque ella es poco artista. No basta aparecer bonita...

El número Kin-Ruiz tal como está, no puede constituir atracción en ningún programa.

Kin ha hecho una mala adquisición.

Una mueca de tristeza se reflejó en el rostro de Juanito. ¡Qué desilusión habría experimentado la muchacha al leer aquello! Y es que esta era la verdad. Dolores, como artista, era una cosa nula; únicamente podía brillar al

lado de un hombre de repertorio escogido como Juanito, pero aquel Valerio Kin, que trabajaba mal y sin gracia apenas, sólo podía llevarla al fracaso...

El matrimonio tirador de puñales leyó el periódico y comentó con Juanito:

—Qué caída la de Dolores, ¿eh?

Juanito, bueno como un pedazo de pan, murmuró:

—Pobre chica, yo no debía dejarla ir... Ella es buena en el fondo.

—Es ambiciosa, y la ambición la arruinará...

El bailarín calló, atormentado por dolorosos recuerdos. A pesar de la ingratitud de aquella muchacha, él la amaba con todos los arrebatos y tristezas del primer amor.

¿Por qué se había ido de su lado, hacia el camino loco del efímero éxito? Ella necesitaba de él como las flores del sol.

Aquella noticia, cortante y dolorosa del periódico, fué leída por Valerio Kin y su compañera de número.

Las pocas representaciones que habían efectuado juntos, convencieron a Kin de que aquella mujer no era lo que él pensaba, que realmente el éxito lo constituía antes Juanito, y sin él, el trabajo de Dolores apenas tenía relieve.

Dolores leyó igualmente el periódico y no

pudo menos de decir, ofendida en su soberbia:

—Esta gentuza de los periódicos es atroz... ¿Cuándo trabajaremos en los grandes teatros y huiremos de estos pequeños locales donde el arte se infecta y muere?

El, extrayendo todo el fondo brutal que había en su alma, contestó:

—¡Nunca, si las críticas de nuestro número siguen siendo como éstas!

—Pero, ¿qué quiere decir? ¿Por qué habla de ese modo?

—Porque toda la prensa nos combate. ¡Ah, qué equivocación al unirme con usted! ¿Quién dijo que usted era una estrella? Pero si ni siquiera sabe cantar...

Ella, orgullosa, respondió:

—No se preocupe por eso, Caruso... Otro publiquito como este... y me retiro... Le aseguro que no trabajaré más en pueblecitos...

Un criado entró un telegrama para Kin. Este, nerviosamente, lo desenvolvió y procedió a su lectura:

Valerio Kin.

Malos informes acerca número. Con semana concluye contrato.

David Samuels

—Ya ve usted, rescinden el contrato.

Ella respondió nerviosa, altivamente:

—Es por culpa de usted. ¡Y me alegro!
¡Ahora Samuels me contratará para hacer un número... yo sola...!

—¿Usted sola? ¡No me haga reír! Probablemente no volverá a pisar un escenario. En cuanto al arte, es usted una calamidad.

—Lo que usted tiene es despecho. Es natural... ¿Qué se creyó usted de mí? ¿Qué podía ser algo más que una compañera? Pues se ha llevado chasco...

Rompió totalmente las relaciones con él, y al día siguiente, deseosa de ocupar algún buen puesto en el teatro, visitó al agente David Samuels.

Entró campechana, decidida, como la mujer que está segura de su valía.

—¡David — le dijo, con una familiaridad que al agente le pareció chocante—, tengo buenas noticias para usted! ¡Voy a hacer un número sola!

El agente la contempló sorprendido.

—¿Dónde?

—¡En Broadway! He reñido con Valerio Kin. ¡No tenía pocas pretensiones aquel necio! ¡Y ahora voy a trabajar sola! ¡Será un éxito de taquilla!

Pensaba, en su necio orgullo, que era ca-

paz de triunfar sin ayuda ni colaboración de nadie.

—¿Qué? — le dijo riendo Samuels, con mordaz ironía—. ¿Es que se va usted a colocar de expendedora de boletos?

—¡Ah! ¿también usted se burla? ¡Bien, bien! Pues si yo no fuera una gran atracción, "Las Variedades" no hubiera publicado mi retrato.

Y le señaló una revista que tenía el agente sobre la mesa.

—Pero ¿usted no sabe — dijo Samuels — que Juanito pagó un buen puñado de dólares por esa publicación?

La muchacha pareció enternecerse al ser pronunciado el nombre de su primer compañero, pero, engreída aún en su altiva soberbia, contestó:

—Pobre Juan, a mí me lo hubieran publicado de balde. Pero, en fin, ¿me quiere usted contratar o no?

—Sir Anson está ensayando un número de muchachas... Si usted quiere...

—¿Yo en un coro?

Y le miró con tal energía, que pareció ir a devorarlo con los ojos.

—Hombre, no sea bárbaro — le dijo.

Y abandonó furiosamente aquel despacho en el que había entrado con el alma repleta de esperanza.

Al salir, herida en lo más íntimo de su or-

gullo por aquel desprecio a las que consideraba sus dotes insuperables de artista, tuvo una grata sorpresa. Topóse frente por frente con Juanito Vega.

—¡Juanito!

—¡Dolores!

Sus manos se encontraron y estuvieron unos segundos unidos como sintiéndose felices al experimentar aquel antiguo calor, como si se dijese el secreto de sus corazones.

¡Ah! Juanito, a pesar de aquella ingratitud, no había dejado de amar a su compañera. La quería con toda la embriaguez del amor en un hombre que no hace de las mujeres el deporte de su existencia.

Por su parte, a pesar de su rompimiento con él, tampoco Dolores había podido olvidarle. No, no creía amarle, o al menos, no dejaba que su corazón le cantase el supremo tormento de la pasión, pero recordaba con extraña alegría el primer día que le conoció. El orgullo, la vanidad, el deseo de creerse superior y fuerte, le habían apartado de él.

Juanito, turbado, nervioso, le preguntó:

—¿Cómo estás, Dolores?

Ella, intentando disimular la ira que la embargaba, respondió:

—Bien, gracias, ¿y tú, Juanito?

—Divinamente, y, ¿qué es de tu vida?

Ella le miró, como si el bailarín hubiera de

adivinar su calvario, pero reponiéndose presuntamente, siguió diciendo:

—¡Pues, encantada, como siempre!

—¡Magnífico! — contestó Juanito, que tampoco quería manifestar su rencor.

Pero él ya se había enterado del fracaso artístico de Dolores, del que hablaba la prensa, y dijo:

—Siento mucho lo del número tuyo con Kin.

—No te preocupes por eso. De todos modos, él no es de mi clase — dijo, orgullosa y desechada.

—Y ¿qué harás ahora, Dolores?

—No sé — respondió—. Samuels quiere que haga un número sola, pero no me gusta que me moleste.

El la contempló, acobardado, pensando en la enorme cantidad de orgullo que había en aquel corazón de mujer.

Estaba seguro de que mentía. Samuels sabía bien que ella era una artista insignificante.

Callaron unos momentos los dos y luego ella prosiguió:

—Juanito, he estado pensando en tomarte a ti, de nuevo...

Aquella idea, aunque implicaba una detestable protección, emocionó al bailarín. Pero respondió con melancolía:

—Yo... yo... Lo siento, Dolores, pero...

Y mirándola tristemente, repuso:

—Acabo de firmar contrato con Dora Mason como pareja.

—Entonces — dijo, herida en su orgullo—, haré mi número sola.

—Es lo mejor. Tiene que ser muy bueno.

—Buena suerte, Juanito.

—Dolores... yo... yo... estaba pensando...

—¿Qué vas a decirme?

—Estaba pensando si te puedo servir en algo.

—¿A mí? No te preocupes por eso...

Apareció Dora Mason, la rubia y nueva compañera del artista, y dirigiéndose a su amigo, con ademán de confianza y arreglándole mimosamente la corbata, le dijo:

—¿Viene, Juanito? Iremos a ultimar algún detalle con Samuels...

—Sí, sí...

Dolores miró a su rival triunfadora, y luego se alejó lentamente, mientras Juanito, procurando acallar la voz de sus sentimientos, iba a tomar el ascensor en compañía de Dora.

La orgullosa niña provinciana que había rechazado anteriormente a su primer compañero, pensando que era poca cosa para ella, sintió, de pronto, al ver desaparecer a Juanito, las angustias de la soledad.

Por primera vez se daba cuenta de que su

orgullo nada valía y que realmente su fracaso como estrella no podía ser mayor.

¡Ay! Sintió que las lágrimas le humedecían los ojos, y comprendió, aunque demasia-



Apareció Dora Mason...

do tarde, que había perdido al único compañero que se interesó de veras por ella. Valerio Kin era un bribonazo que la ponía en la calle a la primera censura de los periódicos. Y el agente David Samuels en vez de aten-

derla, según creyó lo haría, le ofrecía únicamente un puesto en el coro general.

Se consideró perdida. Una voz interior le decía que era una víctima de la vanidad. No, ella no tenía temperamento artístico. ¿Por qué se había deslumbrado de aquella estúpida manera al verse colocada en el teatro, cuando lo fué por equivocación? ¿Si ella solicitaba un humilde empleo de taquígrafa, nada más! ¿Cómo se creía una reina del escenario?

Entonces recordó la nobleza de Juanito. No sirviendo para el baile ni el canto, la contrataba para que se paseara únicamente como un figurín luciendo la elegancia de su porte. Y ella había correspondido a aquella fina atención con la injuria de la ingratitud.

Y llorando, sintiendo que nadie la quería ya ni se interesaba sinceramente por ella, telefonó al agente Samuels, preguntándole:

—¿Dónde está ensayando el coro de Sid Anson?

El agente, sonriendo burlonamente, le indicó la dirección, y al ensayo fué como humilde corista, la que creyó dominar al mundo.

*
**

Al día siguiente era Nochebuena, la fiesta incomparable del año, que reúne y atrae a las familias con la emoción del viejo y dulce hogar.

Nada hay tan hermoso como encontrar en esta fecha memorable reunidos a todos los individuos de la familia que, desparramados por la tierra, en la divina noche en que nació Jesús se congregan al lar paternal para recordar los pasados tiempos.

Las calles de Broocklyn presentaban una animación radiante aquella Nochebuena. Ríos humanos, aglomeraciones que pretendían caminar de prisa y se veían imposibilitadas de hacerlo, debido a la enorme multitud que seguía el mismo rumbo, muchedumbres que se aglomeraban ante las tiendas pretendiendo adquirir manjares y juguetes con que solemnizar la festividad.

Dolores iba sola por la calle. No tenía un

alma amiga, un corazón al que confiar sus penas; con su propio egoísmo había cerrado la puerta de la amistad. Y deambulaba errante



Las calles de Brooklyn presentaban una animación radiante.

y triste, sintiéndose envejecida con la pesadez del dolor.

Nevaba. Una nieve fina, ligera que se convertía en lluvia. Andando, andando, como una mujer errante, vió unos carteles teatrales que

anunciaban con grandes caracteres unos nombres conocidos:

*Vega y Mason
El gran éxito de Nueva York
Sid Anson
y su coro de atractivas chicas*

¡Qué loca había sido! Dejarse escapar la protección desinteresada de aquel Juanito. Ahora que se veía humillada, en el anónimo, sentía su propia obra y su fracaso. ¡Qué necia fué!

—¡Y él ya no me perdonará nunca, nunca mi vanidad!

Comenzó a experimentar las torturas del hambre y se encaminó hacia un cercano restorán.

Por el camino encontró a un niño que pedía limosna y le dió unos céntimos. La presencia dolorida de aquella criatura, la consoló.

—¡Dios mío! Aun hay seres más desgraciados — murmuró —, que a la soledad añaden la miseria. Yo, a lo menos, aunque sin compañía, tengo para comer.

Se encaminó al restorán y mientras devoraba el frugal manjar que se hizo servir, ex-

perimentó con mayor tortura las indecibles tristezas de los solitarios.

Recordó algunas Nochebuenas en su casa, con sus viejos padres, junto a la chimenea encendida, a cuyo calor los rostros se tornaban rojos. Vió el viejo comedor de amplias y negras vigas, recordó el hermoso perro que se acurrucaba a los pies del padre de Dolores como su guardián...

¡Qué lejano y muerto estaba ahora todo aquello! Tal vez para siempre estaría condenada a ser una humilde corista sin importancia.

De pronto, vió entrar, horrorizada, a Juanito Vega, acompañado de Dora Mason. Fueron a ocupar una mesa cercana a la suya, separada únicamente por una gran planta.

Dolores procuró ocultarse tras aquella cortina vegetal, avergonzada de que la vieran sola en noche tan señalada.

Juanito había invitado a cenar a Dora, con un anhelo de olvidar también la tristeza que le embargaba. Ciertamente no le unía a su nueva compañera otro nexo que el puramente profesional, porque el corazón lo tenía hacía mucho tiempo prisionero y esclavo del amor de la otra.

Juanito no vió a Dolores y después de cenar marchó rápidamente con Dora. El había dicho a su compañera:

—Tengo que comprarle un regalo a la niña de los arrojadores de puñales.

Salieron los dos. Dolores procuró ocultar-



Dolores procuró ocultarse más y más...

se más y más, temerosa de que la vieran. Mas no repararon en ella.

Y al verle marchar, nuevas lágrimas se agolparon a los ojos de la solitaria.

—¡Cómo estoy pagando mi orgullo! — se dijo—. ¡Cuán bien empleado me está lo que me sucede!

Si pudiera volver a él, se arrojaría a sus plantas para pedirle perdón. Pero no lo haría, temerosa de que la despreciara.

Además, al verle con Dora Mason había sentido una impresión nueva de desasosiego en su corazón: el pinchazo de estilete de los celos.

Se dió cuenta, aunque demasiado tarde, de que ella estaba enamorada de Juanito; recordó aquel beso que le diera el día de su debut, un beso que entonces le pareció meramente fraternal y de hondo agradecimiento, pero que ahora, con el transcurso de los días, le daba la impresión de que había nacido espontáneamente de las fuentes immaculadas del amor.

Pero pensó también que comprendía su error demasiado tarde y que ya nada podía hacer contra el destino que se complacía en marcarla.

Dirigióse lentamente al teatro. Dolores esperó entre las muchachas del coro de Sid Anson. ¡Con qué humillación trabajaba en aquel teatro, donde antes había podido saborear la miel de un efímero triunfo!

Había visto pasar varias veces entre bastidores a Juanito, pero ella se ocultó no queriendo hablar con él. Sentía vergüenza y rubor de hablarle.

Juanito se preparaba para actuar en compañía de Dora Mason. Tampoco había que-

rido decir nada a Dolores, no queriendo humillarla con su presencia.

Se había hecho el propósito de olvidar para siempre aquel amor que consideraba imposible.

El bailarín había regalado a la niña de los arrojadores de puñales una bonita muñeca. Y la pequeña, una criatura de unos tres años nada más, sonreía ufana a su juguete.

La niña pasaba los días de Pascua con sus padres. Pero éstos, obligados por la existencia dura de los cómicos que apenas conocen días de fiesta, se veían obligados a seguir trabajando todas las noches.

En el camarín de Volver y Weston, los tiradores de puñales, estaban con ellos la niña y algunos artistas para quienes la presencia de la pequeña era motivo de regocijo.

Pretendían que les diera besos, que les abrazara, pero la niña, con graciosos mohines, se negaba.

Después fueron retirándose lentamente los artistas a medida que debían aparecer en escena.

Los tiradores de puñales se arreglaron apresuradamente, vistiéndose los trajes que usaban para su número sensacional.

La pequeña, con la muñeca que le había regalado Juanito, salió al exterior.

Estaban situados los camarines en una es-

trecha galería situada a unos ocho metros del suelo.

La niña dejó caer la muñeca que fué a apoyarse contra los barrotes de la barandilla. Al inclinarse para cogerla, su tierno cuerpecito perdió el equilibrio y cayó a tierra, en un rincón, sobre unos maderos, quedando desvanecida a consecuencia del grave golpe.

Nadie se dió cuenta de la caída, además la pequeña estaba oculta en un montón de maderos.

Sus padres, vestidos ya, comenzaron a preocuparse por la ausencia de la niña.

—¿Dónde está la niña? — decía la madre.

La buscaron por su camarín y por los otros cuartos de los artistas, sin hallarla. Comenzaban a sentir los flechazos de la inquietud.

—Ay, mi hija, mi pequeña Mary, ¿dónde habrá podido ir? — decía la madre, llorosa y afligida.

—¡Vamos, Velber y Weston, no se entretengan; ahora siguen ustedes!

—¡Oh, no podemos salir! — dijo la madre—. Hemos perdido a nuestra hija.

—Pero, señora, el público se impacienta.

—¡Mi hija, mi hija!

—¡Mi Mary!

Y ni ellos ni los demás artistas descubrían el cuerpo inanimado de la pequeña, caída en un rincón entre bastidores.

Uno de los cómicos dijo a los padres:

—¡Anden, aprisa... vayan a hacer su número que yo busco a la niña!

Con el corazón muerto, los pobres padres, angustiados por la misteriosa desaparición de la pequeñita, de aquella nena que era el único objeto y el ideal de su vida, tuvieron que resignarse y salir a escena.

Se presentaron sonrientes, felices, en apariencia, ante el público, implacable, que rechaza los sentimentalismos. Y en el fondo, sus ojos extraviados seguían mirando entre bastidores en busca de la niña perdida.

Empezaron su número. La madre, sintiéndose morir de angustia, se colocó ante la plancha de madera, mientras el padre, a algunos metros de ella, no menos preocupado y melancólico, tenía en sus manos los cuchillos con los que debía rodear en la madera la silueta de su esposa.

De pronto, entre bastidores, un obrero descubrió el cuerpecito inanimado de la pequeña. Lo levantó en brazos, mientras otros artistas rodeaban y contemplaban la cara ensangrentada de la pequeña.

¡Ay, la madre había mirado y descubierto con ojos de horror a su hija! Allí, apoyada contra la tabla de madera, contempló como llevaban a la pequeña en brazos y la creyó muerta. Sufrió angustias y dolores mortales. Y, sin

embargo, era preciso hacer el corazón fuerte, sonreír, aunque se muriera por dentro.

Las lágrimas pugnaban por afluir a sus ojos.

—¡Mi hija muerta, mi niña muerta! — se decía. Y este pensamiento le causaba estremecimientos de horror.

El padre, que no había visto lo ocurrido, comenzó a tirar los puñales siguiendo el contorno de la figura de su mujer que se sentía vacilar, desplomarse y que, únicamente con un esfuerzo enorme de su voluntad, se mantenía aun de pie.

Por fin terminó el primer número, y mientras el marido preparaba otra tabla para repetir la operación, pero tirando hachas en vez de cuchillos, su mujer desapareció del escenario, corriendo al lado de la niña.

Abrazó desconsoladamente a la pequeña a quien un médico reconocía. Estaba muy grave... tal vez muriese dentro de poco.

El padre, habiendo ya preparado la tabla, se impacientaba por la tardanza de su mujer.

De pronto, se dió cuenta de lo que ocurría entre bastidores. Vió a su niña como muerta en brazos de la madre... y sintió el pinchazo mortal del sufrimiento. Pero era el hombre, más fuerte y con mayor dominio de su voluntad, y aguardó, sin moverse, ante el público, los acontecimientos.

David Samuels estaba furioso y decía a la madre:

—Señora, tiene usted que acabar el acto...

—No quiero — respondía ella, entre lágrimas—. No quiero. Mi hija se muere...

—Sin embargo, al público no se le pueden ir con estas cosas... y su marido está en escena.

En efecto, severo, rígido, impasible, se encontraba el esposo pensando en la horrible tragedia que se había desarrollado entre bastidores. Tal vez en aquel momento, su hija estaba agonizando en los brazos maternos.

Dolores se encontraba junto a la afligida madre y viendo la terrible situación de aquella mujer, obligada a la farsa de la comedia, le dijo en un arranque generoso:

—¡Atienda la niña, yo acabo el acto!

—¿Usted?

—¡Sí, déme su guerrera!

En un momento se puso el traje de la desolada madre y ante los ojos asombrados de todos los artistas, entre los que estaba Juanito, salió a escena.

Nadie notó la sustitución. Ella se colocó valerosa y arrogante ante la tabla de madera.

El cambio era peligroso, pero desengañada de todo, no le importaba morir para que una madre no se separara de su hija gravemente herida.

El padre contempló maravillado a Dolores y temblando de emoción empezó a arrojar las afiladas hachas contra el contorno de ella.

Era un espectáculo que ponía los pelos de punta. Dolores sintióse morir ante el contacto frío de la primera hacha que casi rozó su piel.

Dolores se sentía desfallecer, sus piernas temblaban mientras las hachas iban delineando su contorno. Un movimiento que hiciera y vería clavada su piel por las afiladas hojas.

Cerró los ojos, experimentó torturas horribles y silenciosas. Y el hombre no menos pálido y tembloroso por lo que ocurría, iba tirando las armas procurando no perder la puntería, mientras el público, ajeno al drama interior, contemplaba con emoción el peligroso espectáculo.

Dentro, Juanito, Samuels y otros artistas miraban asombrados el magnífico gesto de la muchacha.

Juanito la animaba con palabras alentadoras:

—¡Quieta, Dolores, no te muevas!

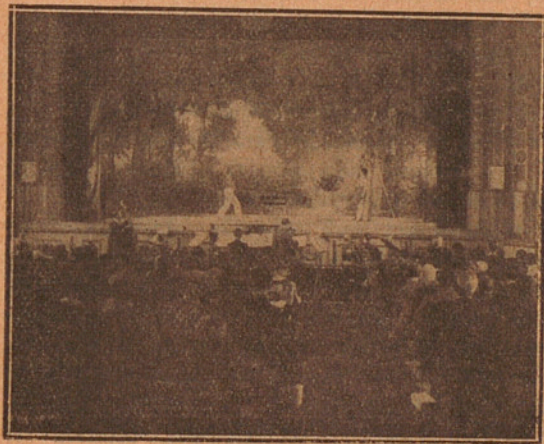
Ella le miró y siguió firme en su puesto, como si fuera a morir.

Samuels, el agente, sin poderse contener, gritó:

—¡Qué abnegada y valerosa! ¡Es una artista de temple!

Estas palabras llegaron a oídos de Dolores, quien sintió una oleada de emoción. Por primera vez la llamaban artista. Y se mantuvo allí mientras las hachas rodeaban su persona.

Cuando le tiraron la última hacha, Dolo-



...experimentó torturas horribles...

res había llegado a la cumbre de su esfuerzo. ¡No podía más! Cayó en tierra, desvanecida.

Descendió rápidamente el telón y varios artistas acudieron a socorrer a la muchacha.

Juanito la levantó en brazos y llorando comenzó a besarla:

—¡Dolores, Dolores!

Ella abriendo los ojos y volviendo poco a poco a la vida, dijo, transfigurada, con una dulce sonrisa:

—¿Oíste antes, Juanito? ¡Dijo el agente que soy una artista de temple!

Y aquel elogio la hacía feliz.

—Ya lo creo que lo eres, Dolores, ya lo creo...

Moviendo la cabeza, ella respondió:

—No, no; nunca hubiera podido hacer esto si no hubiera sido por ti, Juanito. ¡Ya la vida no me importaba sin ti!

—No digas eso, adorada mía. Yo viviré por ti. Si me prometes que no me volverás a dejar, iremos otra vez juntos. Me enorgulleceré de tener por compañera a una muchacha como tú. ¡Te quiero tanto! Acabas de mostrarme lo bueno que es tu corazón, el fondo sagrado que hay en él.

—¡Oh, Juanito! — dijo ella, rendida de emoción, escuchando aquellas palabras—. Sí, sí; hace poco, cuando me puse ante las chicas, no me importaba morir. Pero ahora te digo que agradezco tu perdón. Seré para ti una mujer humilde porque sé que todo lo que soy, a ti te lo debo... Y te lo digo de todo corazón, ¡jamás volveré a abandonarte!

Y sus labios se encontraron, fundiendo el amor de sus vidas.

*
**

A la siguiente noche ya Juanito no trabajó con Dora Mason, con la que rescindió el contrato, teniendo que darle una fuerte indemnización.

En lo sucesivo trabajó con Dolores, que fué una compañera humilde y buena que sabía que si bien a ella la aplaudían, todo el éxito dependía de él.

Se casaron, y desaparecida la necia vanidad de la muchacha fué, en adelante, la mejor compañera de todos los artistas. Y éstos se sentían orgullosos de conversar con una mujer que había expuesto su vida en un ejercicio peligroso para que una madre pudiera auxiliar a su hijita.

La niña de los arrojadores de puñales se salvó y, en adelante, además de su madre, fué Dolores para ella otra madrecita buena, siempre sonriente y gentil.

FIN

Próximo número:

El formidable asunto

LA MANO DE DIOS

por LYA DE PUTTI

Es un film PARAMOUNT

Hágase reservar por su librero

BEN-HUR

la magna película de la
METRO-GOLDWYN-MAYER

Intérprete principal: RAMON NOVARRO

Argumento narrado por

FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

en las EDICIONES ESPECIALES de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

32 bellas ilustraciones en papel couché - Artística portada

Esta semana aparecerá el 6.º libro de la
selecta Biblioteca «Nuestro Corazón» con
la vivida novela

“MUJERES...”

original de FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

PRECIO: 1 PESETA

Presentación inmejorable

96 páginas de amena literatura

2

